

QUERALT RIERA

AQUÍ

teatro**auto**expres

teatro**auto**expres

QUERALT RIERA
AQUÍ

Sin la autorización por escrito de la editorial, no se permite la reproducción total o parcial de esta obra ni tampoco su tratamiento o transmisión por ningún medio o sistema.

De igual manera, todos los derechos que de ella dimanen, cualquiera que sea la naturaleza de estos, así como las traducciones que puedan hacerse, incluyéndose igualmente las representaciones profesionales y de aficionados, las películas de corto y largo metraje, recitación, lectura pública y retransmisión por radio o televisión, quedan estrictamente reservados. Se pone un especial énfasis en el tema de las lecturas públicas, cuyo permiso deberá asegurarse por escrito.

Las solicitudes para la representación de esta obra, de cualquier clase y en cualquier lugar del mundo, habrán de dirigirse a Sociedad General de Autores y Editores, SGAE, en la calle de Fernando VI número 4, 28004 Madrid, España.

AQUÍ

Primera edición, 2019

© De *Aquí*: Queralt Riera Molar

© Para esta edición: Fundación SGAE, 2019

Coordinación editorial: Pilar López. Diseño de cubierta: El Taller de GC.

Maquetación: José Luis de Hijes. Corrección: Marisa Barreno.

Imprime: Estugraf Impresores, SL

Edita: Fundación SGAE

Bárbara de Braganza, 7, 28004 Madrid / publicaciones@fundacionsgae.org

www.fundacionsgae.org

EDICIÓN PROMOCIONAL. PROHIBIDA SU VENTA

DL: M-28742-2019

A la familia

Prólogo prescindible

Esta obra transcurre íntegra en la Grand Central Station de la ciudad de Nueva York.

A lo largo de las escenas se recreará un espacio interior particular. Serán los paisajes del interior de su protagonista.

He creído importante sugerir la creación de tres paisajes exteriores que ayuden en la composición de la escenografía:

1. El de un teatro a la italiana clásico. Con su patio de butacas y sus bambalinas.
2. El de un teatro a dos bandas. Con el público integrado en el decorado.
3. El de un teatro casual, en una casa o una terraza cualquiera. Incluso puede ser la plaza de algún pueblo o ciudad.

Paisaje 1: Teatro a la italiana (entre 200 y 900 butacas)

Buena parte de la caja escénica estará forrada de periódicos. El suelo también puede estar forrado con una especie de linóleo hecho de periódicos plastificados.

Las bambalinas, por ejemplo, pueden ser cortinas creadas a partir de periódicos. La parte posterior del escenario, periódicos, esos papeles que dan un color gris a la escena, que describen la realidad de lo que pasa en el mundo, a quien la quiera saber.

Destacan otros elementos en el espacio escénico:

- La locomotora de un tren, puesta en horizontal o vertical.
- Unos bancos de madera, colocados asimétricamente.

- Un reloj de estación grande –¡enorme!–, sin manecillas que indiquen la hora, colgado en el centro del escenario.
- Un busto de un rey o emperador sobre un pedestal de mármol o granito.
- Una escultura de arte moderno (de Botero o Günter Grass o Jaume Plensa).
- Una papelerera grande, como para que una persona pueda meterse en ella y revolver entre los desechos.

Paisaje 2: Teatro a dos bandas (entre 50 y 200 espectadores)

Se situarán a ambos lados del escenario dos filas de asientos, unos frente a otros, formadas por bancos de estación, y en cada banco cabrán 4 o 5 personas.

Entre los bancos y el espacio escénico, a los pies de los espectadores, delimitando la escena, habrá pilas de periódicos atados en paquetes, como si acabaran de salir de imprenta y estuvieran listos para el reparto.

Entre algunos bancos, cada dos, por ejemplo, se colocarán papeleras pequeñas. No estarán vacías.

El sonido de fondo –que con frecuencia será el propio ruido de la estación central de ferrocarril de Nueva York– estará presente durante toda la función, a más o menos volumen. Cuando este sonido desaparezca, será reemplazado por distintas melodías que acompañarán al texto y al personaje como caricia suave. Solo habrá silencio absoluto al final, esa será la señal clara de que la obra ha finalizado.

Paisaje 3: Teatro casual. Azotea de un bloque de pisos, por ejemplo, de una ciudad cualquiera (entre 5 y 30 espectadores)

La estancia ha de estar repleta de objetos viejos y/o inservibles. Todo lo que podríamos encontrar en una estación a lo largo del tiempo:

- Una maleta olvidada
- Bolsas varias
- Latas de refrescos

- Cajetillas de tabaco
- Periódicos, revistas, cómics...
- Prendas de ropa olvidadas: pañuelos, jerséis, abrigos, gorros, algún zapato...

El público se distribuirá por el espacio.

Entrará la actriz, en penumbra.

Las primeras frases se dirán desde la penumbra.

Una vez el público se haya familiarizado con la voz del personaje, y cuando la curiosidad sea ya enorme, lentamente, se acercará al centro del espacio escénico.

El cambio de vestuario marcado entre la primera y la segunda parte se hará *in situ*.

En algún lugar de entre el público se situará un músico con una viola de rueda. Este instrumento acompañará el monólogo de la actriz, ya sea con melodías o sonidos.

Aquí

(Monólogo para mujer madura)

1. Mujer presente

2. Mujer ausente

1. Mujer presente

Una mujer con un vestido de flores o un vestido de novia.

Una mancha enorme en el vestido, a la altura del muslo.

La mirada perdida, dirigida aleatoriamente hacia ninguna parte.

Mirando sin ver.

Los ojos tan abiertos que asustan.

Vulnerable y estática.

Está aquí sin estar en ninguna parte.

Aquí.

Aquí, aquí, aquí.

Aquí, aquí. Ya he llegado aquí.

Aquí.

Aquí estaré bien.

¿Bien?

No.

Aquí no.

Aquí, no, no...

Estoy aquí.

Aquí.

...

Me miran.

No.

Aquí no me miran.

¿Me miran?

No.

Aquí, no.

Aquí sí estaré bien.

Tranquila.

Aquí, tranquila.

Bien.

Tengo hambre...

En los aviones últimamente no dan nada.

Solo cacahuetes.

Y ni me gustan.

Pensaba que no llegaría nunca aquí.

No podía respirar.

Ahora, sí.

Qué aire tan viciado.

Las estaciones son un asco.

Qué asco de vestido, mira. Un desastre.

...

Nadie me mira.

No me miran.

¿Me miran?

No.

...

Si al menos no hubiera perdido el bolso...

No sé dónde tengo la cabeza.

Aquí.

Aquí.

Aquí, aquí. Aquí.
Aquí, aquí...

He llegado.

...

Y qué lástima.
Si hubiéramos podido comer la tarta...
Pero no, la tarta, no.
No hemos comido tarta.
Todo.
Ha pasado todo con el estómago vacío.

Tengo hambre.
En los aviones ya no dan nada para comer.

...

En el bolso tenía todo lo que...
No tengo el bolso.
Solo el ramo de flores.
Son bonitas.
Solo las flores.
Son muy útiles, las flores.
He pasado así el control del aeropuerto.
Con las flores.
Todos miraban las flores;
nadie la mancha.
Son bonitas.

¡Qué mancha!
Un asco...
El vestido, un asco.
Y con el día tan maravilloso que hacía.
Tanto sol.
Todo el mundo tan elegante...

Tampoco tantos,
unos pocos.
No muchos.
Solo unos pocos.
La familia de él.
Mi familia, no.
Yo, no...

Mi familia no ha venido.

Un lugar exquisito.

Y ahora, mira.
Aquí.
Esto.
Aquí.
Yo.
Yo aquí, en esta estación.

New York Grand Central Station.

Es la primera vez que estoy aquí.
Aquí-aquí, quiero decir.

Alguien dijo
—no sé dónde lo habré escuchado—
que el mejor lugar para perderse
y confundirse entre la gente
es la New York Grand Central Station.

Habré venido aquí por eso, digo yo.

...

He salido de ahí,
un lugar exquisito,
exquisitísimo.

Y aquí,
he llegado aquí
sin parar,
casi sin respirar.
He llegado a la New York Grand Central Station.
Con el vestido hecho un asco.
Y con las flores.
Un buqué muy bonito.
No se pueden comer,
qué lástima.
Pero han sido muy útiles.
Qué lástima de vestido...

Todo iba fenomenal.
Muy bien.
Todo era muy lindo.

Pero cuando han sacado las pistolas,
yo ya he visto que no...
No, no, no...

Pero luego,
sin pensar.
No he pensado nada, hasta que...
Nada.
Y ha sido una suerte que yo...
Nada,
al final, nada.

Y al menos,
digo yo,
¡podían haber esperado a que comiéramos la tarta!
Qué sé yo...,
el aperitivo, al menos...

Que no sé lo que habrá costado,
pero una fortuna,
seguro.
Y seguro que se ha echado todo a perder.

Quizá se lo ofrezcan a la policía.

...

Un, dos, tres, cuatro, cinco, seis, siete, ocho, nueve, diez, once, doce, trece, catorce, quince, dieciséis, diecisiete cacahuetes.

Diecisiete cacahuetes.
Tengo diecisiete cacahuetes.

Yo no lo vi venir.
Nada.
No lo vi venir.
Pero en cuanto
han sacado las pistolas...

En Santander nadie usa pistolas.
¡Qué van a usar pistolas!
La gente no tiene esas cosas.

...

Casi me caso.
Por los pelos.
Ha faltado esto. (*Hace el gesto con la mano*)
Pero no he tenido tiempo.
Todo ha sido muy rápido.

Y luego, corriendo
y sin parar,
he llegado aquí.

Mi boda,
abortada.
Mi boda abortada.
Por los pelos...

Y ahora resulta que yo,
que en mi vida he hecho nada interesante,
iba a casarme con un capo de la mafia.

La mafia...

No sé si debo usar esa palabra.

Mafia.

No se me ocurre otra.

No sé cómo se diría.

Uno que trabaja en cosas que...

En fin.

No quiero pensarlo,
no quiero pensarlo,
no quiero pensarlo...

No quiero pensar.

No.

...

Es que me enamoré.

Como una imbécil.

Me enamoré

como se enamoran las personas
que se enamoran de verdad.

Hasta el tuétano.

Como una tonta.

Me enamoré absolutamente.

Me enamoré.

Esas manazas...

Me agarraba el culo así.

— ¡Para, Roberto, que estamos en medio de la calle!

— Qué me importa...

— Es que tú no eres de Santander, yo sí.

— ¿Y qué?

— Que nos miran.

— Todos estos que nos miran no te quieren nada y yo te adoro, me decía.

Era el cafre más tierno que he conocido...

Y ahora mira... Aquí.

Todo aquí. (*Acaricia la mancha rojiza*)

Yo no lo vi venir...

No lo vi venir.

No lo vi venir,

no lo vi venir,

no lo vi venir,

no lo vi venir...

Por un momento pensé que sí.

Pensé que sí, que sí, que sí de verdad.

Por un momento pensé que mi vida podía ser eso.

Que sí,

que *eso* era ser feliz,

que era posible, eso.

Ser feliz.

Que toda mi mierda de vida anterior se evaporaría.

Por un momento, sí,

lo pensé.

Por un momento.

Por un momento me creí que *eso* era mi vida.

No lo vi venir...

Pero cuando han sacado las pistolas...

¡Joder, Roberto!

¡¡Que te han matado!!

¡¡¡Roberto!!!

...

Han matado a Roberto.

Hoy.

Te han matado, sardinita...

ANTES de casarnos.

¡¡Antes!!

Y yo...,

así...,

me he quedado así.

Ni siquiera te he podido sujetar la cabeza y mirarte,

no,

nada,

no.

No he podido mirarte a la cara.

Con tu barba recortada.

Adoro tu barba, Roberto.

Te han matado.

Hoy.

Cuando nos casábamos.

Antes de casarnos.

Y yo...

Así.

Sin poder sujetar tu cabeza

porque te la han reventado, Roberto.

Aquí, ves,

aquí estás,

en mi vestido.

Tu cabeza reventada, aquí.

El vestido hecho un asco, Roberto.

Qué desastre.

Y confundida.

Yo ahora estoy confundida

entre toda esta gente

en la New York Grand Central Station.
A salvo.

¿A salvo?
Sí.

No tengo maleta.
Ni bolso.

Nada.

Qué lejos de Santander está esto.
Qué lejos.
Sola.
Nada.
Aquí.

¡¡Joder, Roberto, te han matado!!

Me duele todo el cuerpo.
Al decirlo me duele el cuerpo.
¡¡Te han matado!!!.

Me duele.
Desde dentro hacia afuera.
Me duele todo el cuerpo.

Como si un erizo
del tamaño de una nevera
quisiera salir de mi interior,
y todas las púas se abrieran paso
rascándome la carne.

Millones de púas afiladas.
Roberto, te han matado...
Un dolor de adentro hacia afuera.

...

La familia de Roberto es numerosa.
 Les conocí hace un par de semanas.
 Protocolo.
 Roberto dijo: “Protocolo”.

Su madre me miró con una cara...
 Yo llevé bombones,
 me pareció indicado.
 Y unas azaleas muy bonitas.
 Un ramo grande.
 Lo encargué yo.
 Lo recogió Roberto.
 Luego Roberto me recogió a mí,
 y yo se lo di a su madre.

— Muy bonitas, las flores. Gracias.
 — De nada.

“¿Cuánto tiempo hace que le conoces?”, me preguntó la señora.
 “Déjalo, mamá”, dijo Roberto.
 “Medio año”, dije yo.

— ¿Tomas café?
 — No, señora, gracias.
 — ¿Qué tomas?
 — Cualquier cosa. Agua.
 — ¿Limonada?
 — Sí, perfecto.

...

A la señora también la han matado.
 Creo que ha sido la tercera en caer.
 La señora ha mirado a Roberto.
 Parecía que iba a decir algo, pero ha caído al suelo.
 La tercera, creo.
 Ha mirado a Roberto como si...

Roberto no ha mirado a su madre, no.
Me ha mirado a mí.
Se ha quedado inmóvil.
Me ha mirado.

Las miradas de Roberto
siempre quieren decir mucho.
Dicen mucho.
Hay gente que mira vacío.
Roberto, no.
Roberto te mira y te atraviesa.
Por donde quiere.
Te atraviesa el corazón, el alma, la cabeza.
Te atraviesa el estómago.
Te encoge el ombligo.

Roberto te atraviesa por donde quiere.
Me ha mirado.
Y luego, nada. Ni ojos, ni boca, ni nariz...
Luego, nada.
Su cuerpo al suelo.
La mancha en mi vestido.
Nada...

Un silencio.

Un silencio enorme.
Artificial.
A lo lejos se percibían los ruidos.
Pero en mis oídos, un silencio enorme,
un silencio hueco.

...

No sé cómo he llegado hasta aquí.

¿Y mi bolso?
Podría llamar a mi padre.
A mis hermanas.

La familia nunca ayuda, no.
No.

Me han robado el bolso.
Lo he perdido...
No lo recuerdo.
He ido al baño.
Lo habré dejado allí.

...

Tengo hambre.
Seguro que mis hermanas no cocinan.
Habrán contratado a alguien.
No les gustaba el hostal.
Ni trabajar.

Yo no me lo preguntaba.
Me levantaba a las seis y media cada mañana,
me acostaba a las once
después de poner la última lavadora.

Si te organizas bien, el día da para mucho.

Trabajar-trabajar se puede trabajar mucho en un día.
Los remilgos no son...

...

Decían que no les gustaba Roberto.
Pero lo que no les gustaba es que dejara de trabajar para ellos.
Pero me he ido.

Aquí.
Aquí.

Hasta aquí he llegado.
¡Mira qué lejos!

Aquí.
La New York Grand Central Station.
NEW YORK Grand Central Station.

...

Estos hombres con pistolas que han aparecido hoy
han sido muy organizados.
No han matado a todos, no,
ni mucho menos.

La primera fila.
Solo a los de la primera fila.
A la familia de Roberto.

Mi familia no ha venido.

Su sobrina Julia ha sido la primera.
Su madre y su hermano menor han caído casi al mismo tiempo.
Luego su padre,
que anda normalmente en silla de ruedas,
pero que hoy usaba unas muletas.

La gente se ha puesto a gritar como loca y ha salido corriendo.

Yo, helada.
Me he quedado helada.

Como no estábamos casados...
Quizá por eso a mí no me han disparado tan rápido.
Luego he visto que hablaban entre ellos,

me han mirado.
Y yo...
Yo he echado a correr.

Y hasta aquí.

...

El peinado aguanta bien.
Me han peinado bien.
Muchas horquillas, muchas.
Laca, secador y este tocado.
Algo discreto.
Sencillo.
Ya he cumplido los 40. “No quiero parecer un florero”, les dije.
Me han peinado bien.
En el avión no he dormido, creo.
En cuanto me he sentado en la butaca
he cerrado los ojos
y no los he abierto hasta el momento del aterrizaje.
Pero dormir, no.

...

Todo el mundo pensaba que yo ya no me casaría.
Y tenían razón.
No me he casado.
Pero casi.
Por los pelos.
Por esto. (*Hace el gesto con la mano*)

Casi me caso.

...

Qué silencio tan bullicioso hay aquí.
Nadie me mira.

No.
Nadie me mira.

...

Cuando era pequeña me mordía las uñas. (*Se ríe*)

No recuerdo a qué edad empecé.
Me gustaba roer pieles y uñas
reblandecidas por la saliva.

Recuerdo el momento exacto en que dejé de hacerlo.

El día que mi madre se marchó de casa
yo estaba en el comedor
con mis hermanas.
Laura tenía 7 años;
Angélica, 4;
yo, 13.

Entró mi padre. Preguntó:
“¿Dónde está vuestra madre?”.
Yo me mordía las uñas
sentada en uno de los sillones tapizados.
Él entró en su dormitorio, agitado, vociferando.

Se calló de repente...
Tardó un rato en volver a salir.
Un rato exasperante.
Finalmente,
salió.

Cuando entró en el comedor de nuevo,
se acercó a mí,
me atizó una bofetada en la cara.

“¡Deja de comerte las uñas,
eso solo lo hacen las cerdas.
Eres como tu madre!”.

No lloré.
No me mordí más las uñas, nunca más.
Nunca quise a mi padre tanto como a mi madre.
Nunca.
Mi madre nunca volvió.

Se fue con otro.
Eso decían las vecinas.
Luego, ya nada.
No decían nada.

Me pregunto durante cuánto tiempo le dolió no tenernos,
habernos dejado,
sentadas en el comedor,
solas.
En los sillones.
Con la merienda y la televisión.
¿Cuánto le dolió habernos dejado ahí,
merendando?
Solas.
Aún sigo preguntándome.

Los hijos...
Yo...
Siempre he pensado mucho en ella.
Pensaba en ir a buscarla.
En marcharme como ella,
de repente.
¡Adiós!

...

Me he ocupado del hostel.
Desde que se fue.

Mi padre se casó con otra.
Marga.
Marga le dejó al poco tiempo.
Ninguna más.

No era demasiado trabajador,
pero no se convirtió en un borracho.
Tuvimos suerte.
Era huraño.
Y enmudeció.
Solo eso.

Nuestra casa era gris,
y el dolor la ocupaba bastante.

...

Hace un mes que no paro de empaquetar y hacer maletas.
La semana pasada vino un camión de mudanzas
y se llevó todas mis cosas
a la nueva casa.

Yo no he visto la casa.

Solo sé que está frente al mar.
Sospecho que en Alicante,
pero no estoy segura.

A saber dónde estarán mis cosas...
No demasiadas,
medio camión.

...

Rebusca en la basura.
Encuentra una manzana a medio comer.
La muerde.

Tengo hambre.
Llevo a dieta desde el mes pasado.

<p>DESAYUNO:</p> <ul style="list-style-type: none"> • Dos biscotes integrales con pavo. • Una manzana a media mañana.
<p>COMIDA:</p> <ul style="list-style-type: none"> • Verdura hervida y pollo a la plancha, de postre un yogur desnatado o una compota de manzana sin azúcar.
<p>MERIENDA:</p> <ul style="list-style-type: none"> • 5 almendras o 2 kiwis o una rodaja de piña.
<p>CENA:</p> <ul style="list-style-type: none"> • Crema de calabacín o calabaza, con cebolla y pescado al horno en papillote. De postre, una infusión.

¡¡¡Una infusión no es un postre!!!

Un postre son unas lionesas de nata y trufa,
o una selva negra de chocolate y frambuesa,
o una cuajada casera con miel de castaño,
o una crema catalana con fresas de bosque a la pimienta negra,
o unos tocinillos del cielo.

¡¡Oh!!
Unos tocinillos del cielo...
¡Dios!

O una leche frita
o una *mousse* de cerezas con espuma de chocolate blanco.

Un *biscuit*.

O un helado de praliné con crocanti casero de avellanas y nueces de macadamia...

...

— Una infusión no es un postre, bonita.

— Ya lo sé, Roberto, pero estoy a dieta.

— A mí me gustas así.

— Gracias, mi amor, pero el día de la boda me gustaría parecer un copo de nieve, etéreo, que flota por el aire, y no una foca marina resbalando por el hielo del ártico.

Cuando yo decía estas cosas,

Roberto se reía.

Mientras rebañaba su plato

y se zampaba un pedazo de pan

de un bocado.

“¿Y a mí quién me va a compensar,
me decía,

por el trozo de mujer que falta?

¿Quién me va a compensar

por los kilos de mujer que se están perdiendo?,
di”.

Y él le pedía al camarero dos tartas de limón con merengue
y yo me saltaba la dieta.

Pero al final,

el vestido me ha quedado bien.

A la medida.

Blanco-blanco, no.

Marfil.

Me gusta el color marfil.

Siempre he pensado que el exceso de blanco

es pretencioso.
 Provoca frío,
 nieve,
 distancia...

La pureza es un concepto tan ambiguo...
 Cuando ves algo demasiado limpio,
 automáticamente piensas:
 sucio.
 Por compensación natural entre extremos.
 ¿Verdad?

...

Un día,
 al poco de conocernos,
 fuimos a la Costa Brava.

No era verano, era primavera.
 Sol.
 El mar tenía ese tono azul transparente
 del Mediterráneo
 que yo apenas había visto un par de veces
 en toda mi vida.

Y Roberto dijo:
 “A esto lo que le pega es un arroz con centollas”.

Y cogimos un avión
 y nos fuimos a comer un arroz caldoso
 con centollas
 en A Coruña.

Él decía que el mejor arroz caldoso
 lo preparaban allí,
 frente a la Costa da Morte.

Costa da Morte.
Qué metáfora macabra ha resultado ser mi vida.

También me acuerdo de una vez,
cuando éramos pequeñas,
en que mi madre nos llevó a Francia.
Un día.
A pasar el día.
A Colliure.
Comimos ostras en un mercado de domingo.

Mis recuerdos de vacaciones,
ahí van:
Ostras en Colliure.
Arroz en A Coruña.
Cacahuetes en Nueva York...

...

Aquí.
Nueva York...
Menudo viaje.
Aquí sola.
Yo.
Aquí.
New York Grand Central Station.

Qué aire tan viciado.
Nadie se acercará.
Pasar desapercibido es un arte.

¿Me miran?
No.
No me miran.

...

Estos meses he comprado mucho por internet.
Un perfume de una diseñadora china.
Muy bueno, floral.
No recuerdo el nombre.
Qué lástima.
(Se huele la parte interna de la muñeca).

Se está desvaneciendo.
Poco a poco...
Se evapora.
Cuando pierda esta fragancia tan buena...
Lástima.
Perdida.
Para siempre.

Perdese y encontrarse.
Perder.
Perdese entre la gente.
De una estación, por ejemplo.

Encontrarse.
Encontrarse uno mismo.
En medio del gentío.
De una estación, por ejemplo.
Cuando a nadie le importas nada.

Encontrarte.
Encontrar algo.
Encontrar cosas
en los recovecos más dispares
de adentro de la cabeza.

Perdese.
Aquí.
Dentro de una cabeza desordenada,
de ideas mezcladas
sin sentido.

Las ideas atroces
al lado de los recuerdos hermosos.
Las ideas disparatadas
junto a los planes de futuro
y los argumentos de libros y películas
mezclados
con la cara de mi madre,
de joven.
De cuando nos dejó.

El recuerdo del primer cliente
que respira con aliento de alcohol,
en el desorden de la cabeza
se junta con un anhelo
que por los pelos,
por esto (*hace el gesto con una mano*),
no se cumple.

Paradojas y contradicciones
revueltas en la cabeza.
Aquí.
Aquí, aquí.
Aquí,
donde habita la mente.

...

Nadie te salva de la vida que no quieres vivir.
Nadie.
Nadie.
Nadie te encuentra en el momento oportuno.
Nadie.

Se pierden las cosas,
las personas...
Y estamos solos.
Tan sola,

tan solos,
tan...

Soy una estúpida.

Esto lo tenía tan claro.
Tantos años para grabar
ESTO
en mi cerebro testarudo...:
Nadie me salvará de la vida que no quiero vivir.

NA-DIE.

Nadie vendrá a traerme la felicidad.
El mundo de las ideas es una utopía.
Nadie me salvará de la vida
que no quiero vivir.

¡Grábate esto a fuego
en todas las células del cuerpo!
¡¡Estúpida!!!

Nadie, nadie, nadie, nadie...
Nadie se quedará contigo.
Nadie.

Ni mi madre.

Conmigo no se quedó ni mi madre.

Se fue.
Con otro.
Se marchó sin dejar huella,
referencias,
nada.
Se fue y dejó recuerdos.
Algunas fotografías.

El olor a aceite de almendras dulces en la piel.
Poco más.
Se fue.

Y quiero pensar que un día se arrepintió.
Y quiso volver.
Y no pudo.

Pero se arrepintió.
Mucho.
Le dolió el amor de las hijas que no vivió.
Y quiso volver.
Pero no pudo.
No volvió.
Porque no pudo...

Los que se quedan son los que te hacen daño.
Los que viven contigo recordándote que estás sola.
Los que exigen.
Los que desprecian.
Los que te cargan de culpas.
Esos, se quedaron.

Y te dicen que no tienes otra cosa.
“Soy tu padre”.

Yo soy...

Y te convierten en un objeto de uso.
Y miran hacia otro lado.
Y el dolor se instala en casa.
Y todos hacemos como que no vemos nada extraño.
Y la vida y los huéspedes desprenden el mismo hedor.
... Y el dolor.

...

Cuando dejé la carrera,
porque para los exámenes de junio el hostel estaba lleno,
y luego en septiembre volvió a llenarse
y se me pasó la fecha para la matrícula.
Y luego ya,
un cansancio desmesurado se me agarró de las piernas
y la cabeza me iba lenta...

Cuando dejé la carrera,
por esas fechas,
empecé a coleccionar fotografías antiguas.
De familias,
de personas de otros tiempos...
Gente que ya estaba muerta.
Descansando.
Personas que eran solo un recuerdo
en la cabeza de alguien,
o quizá ni eso...

Iba al rastrillo y compraba fotografías
de otros que no éramos nosotros.

La mayoría eran en blanco y negro.
Las guardaba en cajas de galletas.
Tenía tantas...
Mis favoritas eran las de recién nacidos.
Todos esos bebés
en brazos de sus madres,
rodeadas sus espaldas por padres orgullosos,
muchos con bigote, corbata, sombrero...

Qué caras tan serenas.

Estar serena.
He de estar serena.
Porque no hay nadie.
Nadie.

Aquí.

Aquí.

New York Grand Central Station.

Sola.

Aquí.

Aquí.

Ya no hay nadie aquí.

Aquí no hay nadie.

Nunca nadie ha estado aquí.
(Se da un golpe en el corazón)

Aquí, aquí.

Solo un poco.
Roberto ha estado un poquito.
Como mi madre,
que estuvo un poco también.

Y ya nadie.
No hay nadie aquí.
Ya nadie.

Sola.

Qué aire tan viciado en las estaciones.
No me gusta nada respirar aquí,
confinada aquí,
aquí dentro.
(Se palpa el corazón)

Cuando tu cabeza se ha desparramado
en mi vestido,
Roberto,
qué ahogo,
qué falta de aire...
Qué presión en el pecho.
No podía respirar.

En Santander el aire es limpio.
Por el mar, será.
El Cantábrico.
Tan fresco en verano como en invierno.

Pescado fresco.
Brisas frescas.
Tanto en verano como en invierno.
Fresco, fresco, fresco, fresco...

Frío.

Muy frío.
Frío hielo.
Frío hiel.
Frío frío.
Frío lejos.
Lejos lejos.

Hiel.

Ya no voy a volver.
No.
No voy a volver.
No voy a volver más, jamás.

...

A veces he pensado que mi madre murió.
La muerte no me parece una cosa tan terrible.

Quiero decir
que hay cosas muy
muy terribles
que se conocen,
y se sabe que son terribles
porque se conocen.

La muerte no,
no se sabe.

La muerte es terrible cuando es de los otros.
Cuando mueren los otros es terrible.
A los que quieres.
Eso es terrible.

El recuerdo de alguien que muere,
que te deja para siempre,
puede convertirse en un campo de minas
que van estallando
cuando menos te lo esperas.

Las heridas
que provocan los recuerdos
de los que han muerto
duelen de forma diferente.
Porque ya no nos querrán más,
porque no están.

Si mi madre hubiera muerto...
Yo pienso mucho en la muerte, no sé por qué.

No me hago a la idea de que Roberto ya no esté.
No está.
No está.
No está.
No está.

Mi amor...

Me había creído que eso era mi vida.
Que Roberto había venido
para convertirme en una persona distinta.

Que ahora empezaría una vida nueva,
por estrenar,
en un lugar sin recuerdos.

Empezar frente a un mar diferente,
menos fresco.
Cálido en verano.
Atemperado en invierno.
Creo que en Alicante,
pero no estoy segura.

...

Nueva York tiene mar.
Puerto.

Si no hubiera perdido el bolso...
Quizá podría coger un taxi.
Salir de aquí.

Aquí.
Atrapada aquí.
Aquí, aquí, aquí...

Y esta mancha...
¿Qué haré con este vestido tan bonito?
Qué lástima...

Tengo hambre.
Tengo sueño.
Aquí hace fresco.

...

También tengo otras fotos en álbumes.
De cuando era pequeña.
Pequeña, pequeña.
Sonriente.

Pequeña.

Con los rizos brillantes por el sol
en los parques,
o las playas,
o las calles.

Lazos en el pelo,
lazos en los vestidos pequeños,
lazos en los calcetinitos.

En brazos de mi madre,
de mi padre,
de los huéspedes del hostal.

Soplando velas,
en la bañera...

Luego con mis hermanas.
Las tres vestidas igual.
Nuestros cabellos brillantes al sol,
igual,
con lazos,
igual,
en la bañera,
igual...
Las tres igual.

No.

Las tres tristes.
Luego las tres tristes.
Como tigres.

Odiar a muerte.
 ¿Cómo será odiar a muerte?
 Odiar hasta creer morir.
 ¿Será eso?
 ¿Es eso odiar a muerte?
 Odiar hasta querer matar.
 Matar.
 “Te odio a muerte”.

...

Angélica.
 Mi hermana menor.
 Me odia a muerte:
 “Te odio a muerte”.

Cuando las levantaba para ir a la escuela
 de pequeñas.
 Ellas, pequeñas.
 Pequeña yo, también.
 “Te odio a muerte”,
 dice Angélica.

Un cuchillo se me clavaba en el cuello,
 atravesaba el esófago,
 la tráquea,
 contenía el llanto
 para que no saliera al exterior.
 Las lágrimas,
 el sollozo...
 El cuchillo los paraba.
 ¡Quietos!

La hermana más pequeña dice:
 “Te odio a muerte”.
 Cada mañana.
 “Te odio a muerte”.

Y estar sentada horas y horas,
y quieta.

Hemos andado al colegio.
Las 9 de la mañana
de cada mañana.

Angélica: “Te odio a muerte”.
Laura, 7 años, no come desde hace días.

Angélica: “Te odio a muerte”.
Laura, que está delgada que da penita.
Y yo.
Al colegio, juntas.
Solás.
Las tres.
Como tigres.

Un día vamos al médico.
Nos lleva mi padre.
A Laura le ponen una inyección.

“No come”,
le dice mi padre al médico.
La pinchan.
Laura llora sin parar.
Pero esa noche toma la sopa para cenar.

A la mañana siguiente, desayuna.
Y de camino al colegio las tres.
Laura, 7;
Angélica, 4;
yo, 13.
“Te odio a muerte”,
dice Angélica.

A muerte.
A muerte.
A muerte.
A muerte.
A muerte.
A muerte.
A muerte.
A muerte.
A muerte.
A muerte.
A muerte.
A muerte.

...

Roberto. (*Se le escapa un sollozo débil*)

¡No!
¡¡¡Llorar, no!!!

¡Detén el llanto!
Las lágrimas...
No.

En el cuello.
Un dolor, un calambre.
El llanto detenido, quieto, parado.

Llorar, no.
Parar el llanto.
Detenerlo en el cuello
para que no salga por los ojos,
ni por la boca.
Que los sollozos no se escapen.
Detener el llanto
en el cuello.

Respira.
Respira.
Inspira.
Espira.
Aire, aire, aire.

¿Me miran?
No, no me miran.

...

Qué aire tan viciado.

La ÚLTIMA vez que compartí cama
fue el paraíso,
todo estaba bien.

La PRIMERA vez que compartí cama
fue un infierno,
estuvo muy mal,
muy mal.
Muy feo.

Algunos hombres del hostel
creían que podían hacer uso
de todos sus elementos
–incluida yo–.
Un elemento humano
usable,
casi desechable.
Callado.
Triste
–como un tigre–.
A medio crecer.

Yo era un elemento humano
medio hecho,
hecho un desastre.

Callado,
un elemento que no grita,
ni se queja,
ni solloza,
ni emponzoña...
Ni ocupa demasiado,
ni siquiera en el recuerdo de nadie.

No ocupa mucho
porque está vacío y no pesa.
Un elemento humano ligero y pequeño.
Ni pesado ni destacado.

Un elemento humano que no desaparece
porque la biología es persistente
y sigue su curso
sin atender a los horrores
que se suceden,
que se normalizan,
que se asimilan
y se vuelven cotidianos...
El horror.

Y el dolor.

...

La biología camina firme hacia el futuro.
Qué palabra...
El futuro.

La mafia.
La madre.
La familia.
La violación.
La extenuación...

... No las entiendo.
Esas palabras que se aprenden y se dicen
pero no se reconocen.
Salen de la boca,
de la cabeza,
pero no han entrado nunca en el alma,
ni en el espacio que aparece
cuando se cierran los ojos
durante un rato largo.

No las entiendo.

Esas palabras de la boca
que nadie dice cuando está a mi lado,
y, sin embargo,
cuánto pesan...

Pesan más que yo,
que tengo un hueco
del tamaño del mar Cantábrico
en el alma.

Esas palabras:
Futuro, mafia, madre, familia, violación.
Futuro, mafia, madre, familia, violación.
Futuro, mafia, madre, familia, violación.
Futuro, violación, madre, mafia.
Madre, violación, futuro, mafia.

Si me pudiera encoger,
encoger,
encoger,
encoger,
encoger...
hasta caber en el bolsillo
de una chaqueta cualquiera,
saldría de aquí.

Me alimentaría de migajas
y recordaría cosas como:
“Tocinillo de cielo,
biscuit,
lemon pie...
Arroz caldoso,
crocanti de nueces de macadamia...
Souflé”.

Y me olvidaría de las palabras
que solo son conceptos,
que no penetran
porque no caben,
porque hay espacios
que han de permanecer vacíos,
impermeables,
para que la biología
pueda sostener un cuerpo
que es el mío,
que quiere encogerse
y hacerse pequeño,
y alimentarse de migajas
–gorrión–,
y menguar,
y menguar,
y menguar como la luna,
hasta desaparecer.

Y antes de desaparecer, olvidar.

Salir corriendo
hacia un lugar sin palabras,
sin conceptos,
sin ideas,
sin recuerdos,
sin pena,
sin cajas de galletas,

que contienen fotografías
de vidas
que se han deseado
y no han podido ser.
No para mí.

Correr
para dejar atrás todo lo que se es,
todo lo que se ha sido,
atrás,
lejos.
Un yo que no soy yo,
que nunca he sido yo
porque yo
vivía en la azotea del mundo
y miraba hacia abajo,
hacia donde había un hostel herrumbroso
y unas niñas flacas,
y un padre ausente,
y la voracidad de los huéspedes
ocupando las habitaciones.

...

A
mi
padre
nunca
le
pareció
atroz
que
los
huéspedes
se
metieran
en

mi
habitación,
a
la
fuerza.

Y si se lo pareció alguna vez,
nada;
nunca
hizo
nada.

Nada
de
nada.

...

MUNCH, O ESCENA DEL GRITO

Silencio de olla a presión que va a estallar. Largo. Silencio muy largo.

Un grito sordo.

Sale de sí.

Gritos largos y quedos.

Gritos que salen por primera vez de un dolor que lleva pudriéndose demasiado tiempo.

Un grito crudo –que no se puede evitar–.

Más gritos.

Hasta la extenuación.

Gritos que no pueden identificarse con ninguna palabra.

Ella cuida las palabras.

Los gritos se le escapan.

Llevan tinte de locura.

Exhausta por el dolor que la ha atravesado, calla.

Silencio ligero, alivio.

...

Al menos no se convirtió en un borracho.

Sí,

al menos eso.

Eso se lo podemos agradecer.

Al padre.

...

Vivir en la azotea del mundo y mirar hacia otros lados,
eso hacía yo
para no ver a mi padre,
ni a mis hermanas,
que no decían nunca nada.
Nadie decía nunca nada.

Siempre un silencio denso.

Y solo mirar a las personas desde la azotea del mundo.

Y no bajar de la azotea del mundo
bajo ningún concepto.

Hasta que un buen día viene un cafre
y apoya suavemente una escalera
y dice:
“Baja, no voy a mirar.
Aunque lleves falda.
Baja.
Yo sujeto la escalera.
Baja.
No voy a mirar”.

Y bajas de la azotea.
Confiada.
Bajas.
Y aquí.
Llegas hasta aquí.
Aquí.
New York Grand Central Station.

...

Tendré que hacer algo con el vestido.

Roberto...

...

Se quita el vestido. Lo abraza como si fuera una persona, adopta la pose de "La Piedad" de Miguel Ángel.

Adiós, Roberto.
Qué ilusión, casi casarme contigo.
Ha sido un placer.
Un placer todo.
Todo hermoso.
Qué placer de ratito de vida.

Gracias.
Un ratito infinito.
Hermoso.

La línea que separa el bien y el mal,
¿quién la traza?
Nosotros, no.

Adiós infinito a tus manazas,
adiós a la tosquedad más tierna del mundo,
adiós a la improvisación,
adiós a quedarse dormida sobre un pecho
que respira hondo y pausado.

Adiós para siempre.

Siempre, siempre, siempre estarás aquí.

Aquí, aquí, aquí, aquí...

Aquí, que son los días
que te mastican los huesos
y te dejan el cuerpo molido.

Aquí.
Un lugar como otro cualquiera.

Nos hacen creer que el mundo NO es infinito,
pero es mentira.
Mentira.

Aquí, los días y las mentiras.

Aquí, un adiós forzado e irreversible.

El infinito
recorre este cuerpo distraído
de mujer madura.

Aquí, mi pena,
mi dolor
y el horror acumulados.

Aquí,
sobre la mancha de tus sesos en mi vestido.

Aquí.
Hasta aquí hemos llegado.
Tus sesos y yo, juntos.
Nuestra separación forzada.

...

A veces el fin puede ser un comienzo
en esta espiral eterna que es el mundo.

Aquí se acaba y aquí empieza todo.

Y el principio y el fin están separados
por una línea frágil
que separa el bien del mal.
¿Quién ha trazado esa línea?
Yo, no.

Aquí, bien. Sí. Aquí, tranquila y bien.

¿Me miran?

No.

No me miran.

Aquí sí estaré bien.

Aquí, tranquila y bien.

Aquí.

Ahora.

Aquí.

...

Y ahora, aquí,

voy a dejar que me estalle el corazón, irreparablemente,
en millones de pedazos.

Aquí, ahora,

dejaré que el cerebro se reblandezca,
se licúe y se derrame por mi nariz
como mocos de una gripe común.

Aquí.

Dejaré de ser alguien y seré nadie.

Ahora.

Ahora, nadie.

Y no te creas que es por tu cabeza
desparramada en mi vestido,

Roberto.

No es por eso.

No es por ti.

No es por Angélica. Ni por Laura.

No es por las grietas de la familia rota.

No es por el tiempo que he pasado a medio vivir.
No es por nada.

No somos nadie.
Soy una partícula de polvo.

Ser solamente polvo es mucho peor que morir.

Me quedo aquí.

Aquí.

...

Tengo sueño.
Me pesan los párpados una barbaridad.
Cada pestaña, una lápida de mármol.

Dormir.

Y soñar que la vida es otra cosa.

¿Me miran?
No, no me miran.

Aquí.
No me miran, no.

Aquí no me miran.

¿Me miran?
No.

Como lápidas de mármol.
Implacables.
Ojos sellados.
Al fin.
Dormir. Dormir. Dormir...

Se tumba en el suelo.

2. Mujer ausente

El mismo personaje vestido de novia-homeless, sucia. Lleva un periódico bajo el brazo. Se para en mitad del escenario, lo despliega, la fecha le dice algo. La envuelve el halo de la locura.

23 de abril.

23 de abril.

23.

23.

23.

23.

Fue 23 de abril hace poco.

El 23 de abril.

...

Somos lo que comemos.

Yo no como carne de animales que me caen bien.

Nada de vaca.

Nada de buey –que es el marido de la vaca–.

Nada de gallina.

Nada de conejo.

Nada de cerdo –¿es el cerdo el único animal de color rosa?–.

Nada de cordero.
Nada de pollo.

Medusa.
Podría comer medusa.
Podría comer serpiente.
Podría comer tarántulas.
Podría comer piraña.

El periódico dice que fue día 23 de abril,
un día que ya ha pasado.

No sé si hace mucho o poco.

...

Se extinguen los gorriones de las ciudades.
El gorrión común está desapareciendo
de las ciudades.
Ya no hay migajas de pan para los gorriones
en las ciudades.

Hace días fue 23 de abril de este año.
UN AÑO.
Este año.

He perdido muy rápido la costumbre de medir.
¿Rápido?

Nada pasa rápido.
Nada lento.

La vida vuela.
Rápido.
Lento.

La vida pasa volando.
 Por encima del tiempo.
 La vida.

El tiempo es un metrónomo al infinito.
 Y la vida es menos que una mota de polvo
 en el universo que se expande.

Un suspiro.
 La vida es un suspiro.

He perdido la costumbre de medir.
 De contar.
 De ordenar.

...

Los días que llueve y me acuerdo
 juego a algo que inventé aquí.

Aquí.
 New York Grand Central Station.

Si llueve, y si me acuerdo,
 juego a rebuscar palabras en desuso.

Cada persona que no me mira, una palabra.

- Esencial.
- Hermosérrimo.
- Hombreira.
- Granito.
- Soez.
- Precoz.
- Atroz.

- Voluble.
- Soluble.
- *Souflé*.

...

Tengo hambre.
En el albergue ya no dan casi nada.

...

A veces siento algo en el alma con mucha intensidad.
Lo noto aquí adentro.

(Pone la mano en el pecho)

Mucho.

Mucho.

Noto con mucha intensidad algo
que se convierte en una idea,
que sube hasta la cabeza
para que lo entienda.

Esta sensación.

Tan clara.

Que noto mucho.

Es una sensación muy espabilada, eh.
Sube a la cabeza
para que la pueda entender.

A veces siento en el centro del alma
que yo soy todo el mundo.

Todo el MUNDO.

Aquí.

Aquí.

Todo el mundo perdido.

El mundo,
que en el universo que se expande,
es solo una mota de polvo.

Yo soy todo el mundo.
Yo soy todo el mundo.

Y la idea que ha llegado a mi cabeza
y que antes era solo una sensación en el alma
crece, crece, crece...

Y aparecen otras ideas, más pequeñas.
Ideas acompañantes de la idea principal.

Como esta, por ejemplo:
“Si yo soy todo el mundo,
el mundo se está extinguiendo”.

O como esta otra:
“Mientras el universo se expande,
el mundo,
por llevar la contraria,
se extingue.
Contrariado.
Confuso.
Se extingue.
El mundo.
Por llevarle la contraria al universo
que se expande”.

Guardo la idea.
Junto con sus ideítas secundarias.
En algún rincón de mi cabeza desordenada.

...

Antes de ser nada yo vivía frente al mar Cantábrico.
Tenía un padre.
Tenía una hermana pequeña, Angélica.
Tenía una hermana mediana, Laura.

Yo. Lis.

Lis viene de Elisabeth.

Siempre fui una persona a medias.
Es normal que me quedara solo con medio nombre.
Lis.

...

Mis hermanas eran mudas y sordas.
Voluntariamente mudas y sordas.

Desde que nos quedamos solas.
Y nos convertimos en un triángulo
de vértices imposibles.

Imposible acercarse.

Hipotenusas y catetos llevábamos clavados
en el estómago
las tres,
como lanzas.

Del estómago de Laura al de Angélica,
del estómago de Angélica,
que me odiaba a muerte, de pequeña,
al mío.

Un triángulo de sordomudas,
insalvable.
Imposible.

...

Aquí no se está mal.
Nunca estoy sola.
New York Grand Central Station.

Aquí.
Aquí, bien.

Nadie me ha mirado nunca, aquí.
Mirar, mirar, no.
De pasada, sí.
Eso no cuenta.

He perdido la costumbre de contar,
de medir nada.

Aquí no se está mal.

Pero aquí adentro
—en el pecho—.

Y aquí dentro
—en la cabeza—.

Adentro,
adentro,
adentro...

Con todas las cosas que tengo dentro,
se hace difícil vivir.

Los huecos en el alma.
El corazón desparramado.

Así es imposible.

Una migaja de pan que va menguando
hasta ser una mota de polvo
sobre un tablón de madera
de un banco,
en la estación.

New York Grand Central Station.

...

A veces bailo.
Cuando consigo entrar
junto con otras motas de polvo
en un rayo de luz que entra por la ventana.

Pero eso no pasa casi nunca.
Quiero dejar de ser apenas nada, una mota de polvo,
para ser nada de nada.

Y descansar.
Como Ofelia.
Como Julieta.
Como Desdémona.

Dormir.
Y esta vez, dormir sin soñar.
Dormir.

Dormir solo para viajar a otro lugar.
Un lugar que no es.
Que no existe.

Dormir.

Y una vez muerta, expandirme
como el universo.

Hay una idea en mi cabeza
que me recuerda
que yo soy todo el mundo.

Dormir.

Extinguirse.

Porque soy todo el mundo.
Y el mundo puede ser atroz.

Morir.

Expandirme por el universo.
Como el universo.

—Que no podemos decir que sea todo el universo entero, porque es infinito.

Entero, o a medias, o una parte, no cuenta cuando algo es infinito...—

El cansancio.

...

Me hice un corte en el pie.
Hace mucho.
Me hice un corte en el pie.

No se cura.
Empeora.
Andar, duele.

Perdí un diente.
He perdido dos muelas.

Me hice un corte en el pie.

La infección llegó al tobillo.
Llegó a la rodilla.

Un dolor de afuera.
Del cuerpo de afuera.

Y
ya va siendo hora de parar.

Quizá no fuera un corte.
El pie se me ha quedado morado oscuro.
Huele mal.

Y perdí un diente.

Hace un largo-corto rato que no miro mi pie
morado oscuro,
casi negro,
negro.

Y ya va siendo hora de que yo, aquí,
ahora...

...

Aquí no es nada.
Nos extinguimos en la nada.

Solo somos lo que guardamos en el corazón.
¿Y qué voy a hacer ahora
—¡¡¡23 de abril...!!!—
si el mío estalló en millones de pedazos?
Están ya casi todos perdidos.

Late débil.
Se está quedando en nada.

...

Solo somos lo que guardamos en el corazón.

Somos lo que comemos.
Podría comer medusa.
Podría comer serpiente.

...

Los días me mastican el cuerpo
 y lo escupen
 cada noche
 para que sueñe atrocidades
 y me levante agotada.

...

El tiempo me ha devorado casi por completo.
 Floto,
 moribunda,
 en los jugos gástricos
 del estómago de Cronos,
 el padre Titánico.
 Caníbal.

El tiempo me ha devorado, casi por completo.

...

El otro día vi a Roberto, otra vez.
 Cada vez me sorprende con más frecuencia.
 Le veo venir.
 –¡Qué tío!–

El otro día, digo, lo vi correr por la estación
 y subirse por los pelos,
 por esto (*hace el gesto con la mano*),
 en el tren que va a Waterbury.

Él no me vio.

(*Sonríe*)

Un día le vi con su esposa
 y tres niños rubios y muy impertinentes,
 que no le dejaban en paz ni un segundo.
 Pobre Roberto...

También le veo cuando voy camino del albergue
–en el albergue ya no dan casi nada para comer–.
Le veo, de camino.
Trabaja,
a veces,
en el barecito de los yogures modernos.

Estoy muy contenta porque le veo bien.

Tan guapo.
Con sus manazas...
Me agarraba el culo así, con toda la mano.
–¡Qué tío!–.
En mitad de la calle.
En Santander.

Un día,
en un restaurante chino,
comí medusa con cebolleta.
Serpiente no, nunca.
No la he probado.
Ya no será.
La serpiente no aterrizará en mi estómago.
La serpiente, ya no.

...

¡¡Mamá!!
Mírate...
¡Pero si estoy más vieja que tú!

Ríe.

Quién me lo iba a decir,
que te iba a encontrar
en la New York Grand Central Station.

Estás igualita que la última vez que te vi.

Yo bien, sí.

No como pollo, ni ternera, ni conejo, ni cerdo, ni cordero...

Bebo mucha agua de la fuente.

¡De fuente a fuente y tiro porque me lleva la corriente!

Y te como una y cuento veinte.

Tramposilla...

...

¿Y por qué yo

siempre he tenido este pelo tan rizado?

Dime, mamá, ¿por qué

solo yo?

Solo yo rizada como una col.

¿Por qué solo yo?

¿Por qué soy la única con el pelo eléctrico en la familia,

por qué?

Tanto tiempo...

Tanto tiempo he querido preguntarte esto.

Mírate, estás igualita que la última vez que te vi.

Reconozco el olor en la piel a almendras dulces.

No te entiendo muy bien.

¿Qué idioma hablas?

No te entiendo.

—¿Y por qué, mamá, fuiste tan cobarde?

¿Por qué una despedida tan elíptica?

¿Y por qué, sin embargo, siempre te he querido tanto?—

Tanto tiempo queriendo preguntarte esto.

No entiendo lo que dices.
Será inglés.
No te entiendo.

Desolada.

...

Hace muchos ratos que pienso que me quiero ir con Roberto,
a donde vive él.

Muchos ratos pienso que he de ser valiente y seguirle.

Cada vez le veo más veces que nunca en la estación.

He de seguirle, un día.
Y saltar a la vía,
rauda,
saltar a los raíles por los que pasa el tren que va a Waterbury.

O tragarme el tarro de pastillas
que encontré en el baño
y que tengo escondido
aquí.

O saltar al mar, un día de temporal.
Nueva York tiene mar.
Saltar al mar un día de frío, frío.
Frío hiel.

...

Pero no.

Sí.
Desparramar mi cuerpo
entre los raíles y las ruedas del tren

que va a Waterbury
me parece una buena idea.

No saltaré del quinto piso.
Saltar al vacío no me llama la atención.
A las ventanas ni me acerco, qué vértigo.
–Nunca me gustó Hitchcock.
El suspense me pone tensa–.

...

23 de abril.

...

Busca en los bolsillos, por todas partes... Al final encuentra el bote de pastillas. Se las pone en la mano.

Ya va siendo hora.

Mamá dice: “La pastilla cura la fiebre”.
Lis dice: “No quiero que me cure. Quiero dormir”.
Mamá dice: “Lis. ¡Elisabeth! Toma la pastilla...”.
Lis dice: “No quiero. ¡¡Quiero dormir sola!!”.
Mamá dice: “Lis, ¡abre la boca!”.

Se toma la primera pastilla.

Lis dice: “Angélica. Toma la pastilla”.
Angélica dice: “Te odio a muerte”.
Lis dice: “De acuerdo, pues me la tomaré yo”.

Se toma la segunda pastilla.

De dados a dados
y tiro porque me han dado.
Te como una
y cuento veinte.

Se toma otra más.

Hoy llueve.
¡Mira, fíjate!

- Caleidoscopio.
- Vetusto.
- Nogal.
- Esputo.
- Ribonucleico.
- Bilirrubina.
- Cocaína.

Se toma todas las pastillas que quedaban.

Ya está.
¡Listo, Calisto!

23 de abril.
Primavera.

Uy...
Ahora no estoy segura
de que algún tren
vaya a ir a Waterbury precisamente ahora...

Qué torpeza...

¡Las decisiones importantes se han de meditar bien, mujer!
Y ya me he tomado el bote entero de pastillas.
Qué torpeza...

23 de abril.
Precipitada.
Me marchó precipitada.

Llego precipitada a la New York Grand Central Station.
Sola.
Llego sola.

Llego con Roberto incrustado en el vestido.
 El 23 de abril.
 Casi sin pensar.

Precipitada.

Las cosas importantes pasan...
 Precipitada.

...

Train to Oyster Bay.
Train to Montauk.
Train to Hempstead.
Train to Long Beach.
Train to Port Jefferson.
Train to Port Washington.

...

Siempre quieres tener tú
 la última palabra.

Tantas palabras soldadas
 a ideas
 que van construyendo estructuras regulares
 en el cerebro testarudo.
 No queda espacio ya.
 Hinchido por completo
 el cerebro testarudo.

Y ya va siendo hora...

...

¿Será esta mi última palabra?

– Percebes.

Pausa.

– Ciempiés.

Pausa.

– Revés.

Pausa.

– Tornavís.

– Emperatriz.

– Lombriz.

– Tuétano.

– Thánatos.

– Delfos.

– Epidauros.

...

No llega la hora.

Tic-tac, tic-tac, tic-tac, tic-tac...

...

Me acuerdo de cuando le pusieron una inyección a Laura
porque no comía.

Y luego,
con el tiempo,
cómo se puso...
Hecha un tonel.

Qué tragedia ser gordo.
Yo engordé.

Y adelgacé.

Y engordé.

El metabolismo, dicen.

Engorda, el metabolismo.

Las empanadas de atún, no.

No engordan tanto...

...

Tengo hambre.

Hace como que come:

– *Un muslo de pollo.*

– *Un bocadillo.*

– *Un yogur.*

– *Palomitas.*

Qué bien se ve todo con el estómago lleno.

¿Lo ves?

Cabeza testaruda...

¿Lo ves?

¿No lo ves?

Mira bien.

Ahí está.

Mira.

Todo llega.

Y ya va siendo hora de que...

...

¡Míralo!

Poco a poco

avanza.

Implacable.

¿Lo ves?
El tren que va a Waterbury.
Lento.
Implacable.

...

¡Mira!
Mira quién va en los asientos.
¿Los ves?

¡Mira bien!
Ya llega.
Puntual.
Implacable.

Poco a poco, avanza.

Un tren lleno de huéspedes.
–Aquí no hay hostales,
aquí se llaman moteles–.
New York no es Santander.

Aquí, tranquila y bien.
Aquí.
Aquí, bien.

...

Mi padre en el baño del tren
hace pis
con los pantalones en los tobillos.

Lleva la camisa de ir a pescar.

Laura,
Angélica,

como tigres
arañan las ventanillas
a zarpazos poderosos.

Mamá, en el andén,
sonándose los mocos
–parece una gripe común–.

Y en los asientos...,
el tren está lleno de huéspedes.
Me llega el hedor.

...

Míralo.
El tren que va a Waterbury.

Este tren parece un tsunami.
En la orilla, yo.
Aquí.
En la orilla de la playa
esperando una ola, que es un tsunami, que es un tren.

...

Flexiona las rodillas,
balancea los brazos,
toma impulso...

–¡Prepárate para saltar, Lis!–.

Un salto decidido,
de bruces al suelo,
el tren de Waterbury a un palmo;
en el estómago, las pastillas de dormir.

Di adiós
a todos los que van en el tren.

“¡Adiós!”.

Que pasen de largo.

Diles:

“¡Esta será la última vez que me arrolláis!”.

Hasta aquí.

Hasta aquí he llegado.

Yo sola.

Me marchó.

A expandirme.

Por donde sea.

El universo...

Los raíles...

Diles:

“¡¡No me importa quedarme en nada.

No me importa que al fin llegue el fin

y que el fin que llega al fin sea el fin de todo.

No me importa.

Nada.

No me importa nada quedarme en nada!!”.

Aunque no te entiendan, diles:

“Es la última vez que me arrolláis.

Aquí.

Me quedo aquí”.

Diles:

“Adiós”.

Diles:

“¡Todos somos partículas de polvo,

migajas de pan,

vosotros no sois diferentes!”.

Diles:
“Adiós”.

Diles:
“Aquí.
Ahora.
Va a ser la última vez que me arrolláis”.

Diles:
“Adiós,
adiós,
adiós,
adiós,
adiós...”.

Flexiona las rodillas,
balancea los brazos.

Mira.
Entra en la estación.

Mira.
El tren que va a Waterbury.
Puntual.

Mira.
Implacable.

Flexiona las rodillas.
Balancea los brazos.
Cierra los ojos.

Toma impulso.

Está llegando.
Implacable.

Flexiona rodillas.
Toma impulso.

No mires las luces de la locomotora,
deslumbran.

Firme,
mira al frente.

Toma impulso.

Cierra los ojos
y
¡SALTA!

Se arroja al suelo, cae de bruces, no se levanta.

FIN



QUERALT RIERA (Parets del Vallès, 1978)

Es una autora teatral reciente. Se gradúa en Dirección Escénica y Dramaturgia en la ESAD-Eòlia (Barcelona) en 2018. Entre 2017 y 2019 estrena dos obras de teatro en Madrid que escribe y dirige: *No love No sex*, para los Teatros Luchana, y *Todos*, en el Teatro Lara. También estrena *Aquí* en la Sala Atrium (Barcelona), pieza que luego será programada en el Teatro Fernán Gómez (Madrid).

Es finalista del XLII Premi Born de Teatro 2017 con su obra *Dona*, que en 2019 se adapta al cine.

Gana el Premi Pere Capellà de Teatre 2018 con la obra *l'Amor (no és per a mi, va dir Medea)*, con la que también obtiene la beca Odisseu I+D y es finalista del Premio Quim Masó.

Le encargan textos para el Escenari Brossa y la Sala Atrium (Barcelona).

Hasta la fecha escribe y dirige sus propias piezas.

Su vida anterior como directora de una escuela de actores y maestra de interpretación parece ahora una fina capa de polvo sobre los muebles, imbuida como está por los procesos creativos y la literatura.

EDICIÓN NO VENAL DE LA FUNDACIÓN SGAE
PARA LA PROMOCIÓN Y DIFUSIÓN DE TEXTOS TEATRALES OBJETO DE ESTRENO